



La cultura como necesidad vital

Xavier Quirarte

CUANDO BERNARDO RUIZ TUVO la generosidad de solicitarme un artículo para contribuir a la celebración de los treinta años de *Casa del tiempo*, mi primera reacción fue rechazar la invitación. Trabajé menos de dos años en la revista como parte del equipo encabezado por Víctor Hugo Piña Williams, lo que, en proporción a las tres décadas, es poco tiempo. Luego pensé que, aunque mi estancia fue breve, habité una casa hospitalaria que me brindó profundas experiencias formativas y, por ello, acepto compartir mi experiencia.

Al cambiar de domicilio, entre las pertenencias que uno se lleva también se cuelan las vivencias. Pasan los años y muchas de ellas nos acompañan siempre, mientras que otras se diluyen. Sin embargo, hay cosas que permanecen ocultas y reaparecen cuando la memoria es sacudida. Así me ocurre al revivir este periodo de mi estancia en la revista.

Fue hacia fines de 1990 cuando Víctor Hugo me invitó a ocupar una plaza de corrector y ayudante de edición en *Casa del tiempo*. La oferta resultó muy tentadora: el sueldo era bueno y la posibilidad de trabajar de planta por primera vez en una revista cultural me entusiasmaba mucho. Había conocido a Piña Williams a fines de los ochenta, cuando él dirigía el suplemento cultural *El Día de los Jóvenes* del periódico *El Día*, donde colaboré con algunos artículos que solía entregar en un expendio de jugos en la colonia Tabacalera, parada que aprovechaba para disfrutar una ensalada de frutas.

Me gustaba el tono desenfadado y, a la vez, profundamente serio de Víctor Hugo respecto a la cultura, lo mismo que su humor negro y muchas

veces descarnado. Debo decir que estas cualidades, ingredientes fundamentales de su poesía, son todo un reto para los correctores de estilo. He visto a varios maldecirlo por el uso tan meticuloso del lenguaje y, en pago, he escuchado a Víctor Hugo maldecirlos a su vez por su evidente ignorancia.

Para la edición de *Casa del tiempo* contaba con un buen equipo de colaboradores disímboles: Domingo Martínez, diseñador joven, audaz y con un carácter liviano; Adela Iglesias, psicóloga con un gusto exquisito por la poesía y la música; Aurelio Major, poeta y traductor de primera línea; Sara Galindo, mujer y mano derecha de Víctor Hugo, y yo, un periodista con inclinación hacia la música. La característica distintiva de este variopinto grupo sería la vehemencia —en dosis espeluznantes, en ocasiones— que se combatía con el arte de la argumentación que desembocaba por lo general en el consenso y, en otras ocasiones, en órdenes tajantes que a la larga probaron ser benéficas.

Sin desatender su carácter institucional, cuando la calidad de los materiales lo ameritaba, pues en ocasiones se caracterizaban por ser ensayos farragosos que

no tenían razón de ser en una revista de divulgación, *Casa del tiempo* dio cabida a un proyecto incluyente que contó con el apoyo incondicional de Cesarina Pérez Pría, entonces directora de Difusión Cultural de la Universidad Autónoma Metropolitana. Por ejemplo, si por un lado se abría la edición con una columna de don Andrés Henestrosa —cuyas colaboraciones solía yo recoger en su despacho en la calle de Gante—, por el otro se esparcía en las páginas centrales un reportaje sobre los enloquecidos personajes freejazzeros del pintor Arturo Romero Ruiz —quien llegaba tocando su saxofón a las oficinas—, y más allá unos poemas de Alejandra Pizarnik o un artículo sobre Kronos Quartet.

Se atendía la literatura de distintas culturas gracias a las colaboraciones especializadas de escritores como Laura Emilia Pacheco, Héctor Perea, Guillermo Fernández, Héctor Orestes Aguilar y otros muchos.

Uno de los grandes aciertos fue la inclusión de la serie Margen de Poesía, cuadernos desprendibles de agradable sobriedad que daban a los lectores de la revista un *plus* con obras de autores como Vladimir



Holan, Gloria Gervitz, Alberto Blanco, Blanca Luz Pulido, Eduardo Milán, José Kozer y otros que se sucedieron.

El diseño, realizado por Domingo Martínez, fue parte fundamental del proyecto, pues era una combinación afortunada entre tradición y ciertos elementos de vanguardia. *Casa del tiempo* llamaba la atención por su semejanza con las revistas culturales europeas, con una elegancia que a algunos molestaba porque, argumentaban, constituía un dispendio, mientras que sus defensores estábamos a favor de una publicación que, tanto por su diseño como por su contenido, estaba destinada a adquirir estatus de coleccionable.

Las obras fotográficas de Bernardo Arcos en las portadas, verdaderos trabajos de instalación que atraían la vista de inmediato, apuntaban hacia el futuro. Si su propensión al desnudo causó algunos escozores —especialmente cuando se trataba de cuerpos de hombres—, nunca hubo ningún problema de censura. El diseño de las páginas interiores, con sus generosos espacios en blanco, invitaba a la lectura desahogada y a la reflexión.

Trabajar en *Casa del tiempo* constituyó una breve pero intensiva etapa formativa que se recompensaba con el aprendizaje constante y el desafío que suponía diseñar cada número y lograr que los objetivos se cumplieran, especialmente cuando había que lidiar con las imprentas —desafío que viven todas las publicaciones—. Quienes coincidimos en esta etapa de la revista colaboramos para que esta casa de cultura mostrara nuevas facetas sin olvidar su vocación de difusión.

Al unirme a esta fiesta de los treinta años de *Casa del tiempo* no pude dejar de tener en mente a don Carlos Montemayor, a quien tuve el privilegio de tratar muchos años después. Y entonces no hablamos de la revista, ni siquiera de literatura, sino de música, de ópera y de las canciones de María Grever que acababa de grabar en un disco. Es menester reconocer que el apetito omnívoro por la cultura en sus diferentes manifestaciones, que sembró desde que concibió el proyecto, se ha renovado en cada etapa de una revista cuyo compromiso es mantener las puertas abiertas a la creación como desafío, en especial en estos tiempos en que pareciera un artículo de lujo pero es una necesidad vital. ▲▲▲

